

corren las provincias y regiones mas distantes; esto es lo que forma aquella hermosura de que hablan el Profeta y el Apóstol. Esos enviados del Señor, esos ángeles de la tierra parece que con efecto tienen alas en los pies, como aquellos ángeles que vió Ezequiel delante del trono de Dios. Pero ni los trabajos, ni los peligros del apostolado, son lo que mas aflige á los hombres apostólicos; su mayor dolor es la dureza y la obstinacion del pecador, y de esto únicamente se quejan á Dios. *Non omnes obediunt Evangelio.* Así como hay muchos cristianos que no obedecen al Evangelio despues de haberle creído, así tambien hay muchos idólatras que se mantienen incrédulos despues de haberle oído.

El Evangelio es del capítulo 16 de S. Juan.

En tiempo que Jesucristo se entristece, porque se arriesga su vida; pero despues de dar á luz el hijo, ya no se acuerda de la opresion, por el gozo de haber nacido un hombre al mundo. De este modo vosotros ahora teneis tristeza; pero cuando os vea segunda vez, se alegrará vuestro corazon, y nadie os quitará vuestro gozo.

MEDITACION.

De las concurrencias mundanas.

PUNTO PRIMERO. — Considera que acaso no hay lugar en el mundo mas funesto para la inocencia que aquellas concurrencias ó funciones en que, por decirlo así, desenvuelve, ostenta y desenvrolla el mismo mundo todos los muebles mas tentadores que tiene; en que todo es tentacion, todo veneno, todo escollo, todo peligro. Son esas concurrencias ó funciones el gran teatro de la profanidad, donde sale á lucirlo todo aquello que verdaderamente se llama mundanidad. Cada uno hace en ellas su papel, y entre los que asisten, pocos dejan de ser asunto á la burla de los demás. Alguno se imagina ser la admiracion de todos, y es la lástima y la diversion del concurso. Funciones en que la disimulacion se llama buena crianza, á favor de aquella afectada urbanidad de que todos se precian; son una verdadera comedia, de la

cual sale cada uno muy satisfecho de sí mismo, y muy poco del otro. En ellas reina cierta esmerada profanidad que cada dia se hace mas contagiosa; cierto refinamiento de diversiones, muy acomodado al gusto del mundo; cierta delicadeza de vida autorizada con el ejemplo, y un aire de esparcimiento, que engaña con su aparente alegría. En ellas reinan las máximas del mundo, tan contrarias á las máximas de Jesucristo; y en ellas se insinuan dulcemente todas las pasiones en el corazon, le estragan y le corrompen. ¡ Buen Dios! ¡ qué virtud se escapará de tantos lazos! ¡ qué inocencia se librará en medio de tantos peligros! Si el mundo es un mar tempestuoso infestado de borrascas, bien se puede decir que las concurrencias mundanas son los mas peligrosos escollos. No se navega con desconfianza, porque todo se aparenta risueño, todo tranquilo. Pero hay tempestades mudas, ni se perezce solo á violencia de ruidosos golpes de viento. Los naufragios que se padecen en una insidiosa calma son los mas funestos; es inevitable la ruina cuando no se puede prevenir el peligro, cuando se perezce sin estruendo. ¡ Con todo eso ninguno desconfia de semejantes concurrencias! En ellas preside el espíritu del mundo, y en ellas intima todas sus máximas como otras tantas leyes. Mas que sean duras, mas que aprisionen la libertad, mas que sean impías, no es lícito contradecirlas. Parece que es el mundo como el ídolo de todo aquel concurso. A este ídolo van cada dia algunas madres cristianas á sacrificar sus inocentes hijas, á esta escuela las llevan ellas mismas para que aprendan lo mas refinado de la vanidad, lo mas maligno del espíritu del mundo, y lo mas sensual de todas las pasiones. ¡ Y despues nos admirarémus de que haya tan poca piedad, tan poca religion en medio del cristianismo! A estas concurrencias mundanas se debe el que se perpetue el espíritu del mundo, la relajacion y la impiedad.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que esas funciones de diversion, esas concurrencias mundanas, son manantial de muchos desórdenes, y digámoslo así, la escuela de la reprobacion. Admirámonos de que haya el dia de hoy tan pocas virtudes cristianas en el mundo; que en todo reine la ostentacion, la profanidad, y una general corrupcion de costumbres; ¿ pero qué otra cosa se puede aprender en la escuela de la vanidad, donde no se oyen otras lecciones, y donde se ven tan pocos buenos ejemplos? Una confesion hecha de buena fe y con dolor, la lectura de un buen libro, una santa conversacion, una exhortacion eficaz y convincente, un accidente no esperado, un piadoso impulso de la gra-

cia habian abierto los ojos á esa persona mundana, que tenia necesidad de convertirse. Comenzaba á descubrir con provechoso arrepentimiento la inanidad y el peligro de aquellos pasatiempos á que antes habia tomado tanto gusto. Atemorizada, desengañada y movida, miraba con horror sus descaminos, y estaba resuelta á reformarse, cuando fiándose demasadamente de su corazon, se volvió á meter de nuevo en el peligro. Luego que volvió á dejarse ver en aquellas insidiosas concurrencias, volvió tambien á ganar el mundo todo lo que habia perdido. Presto volvieron á apoderarse del alma los sentidos de acuerdo con el corazon; en un momento se desvanecieron todas aquellas bellas esperanzas, y volvieron á estrecharse mas aquellos fatales grillos que se habian hecho pedazos con tanta felicidad. Entró en ellas casi del todo convertido, y salió con cierta especie de enfado contra si mismo, por haber pensado en su conversion; siente haberse dejado mover, y agradece muy poco á su corazon el haber sido tan dócil á las impresiones de la gracia. Este es el ordinario efecto de aquellas funciones, de aquellas visitas, y de aquellas conversaciones, de las cuales nunca se sale tan inocente como se entró. Fórmase por lo comun estas juntas de diversion en las quintas ó casas de campo, durante la apacible estacion del otoño, donde ya se sabe que se vive con menos servidumbre, y con mas libertad; pero esta misma libertad degenera presto en licencia y disolucion. ¡Buen Dios! ¡qué tristes ocasiones de recaídas y de desórdenes son estas visitas de hulla, de confianza, de buena amistad; esos juegos para pasar el tiempo, y esos paseos libres, alegres y nada circunspectos!

O Dios, que por vuestra infinita misericordia me disteis luz y tiempo para hacer unas reflexiones tan verdaderas y tan sólidas, dadme gracia para que me sean igualmente provechosas. A muchos hace llorar ahora en el infierno la funesta experiencia de todos estos peligros; no permitais sea yo del número de estos infelices, y haced que en adelante evite los mismos riesgos.

JACULATORIAS. — Librásteme, Señor, muchas veces de estas peligrosas juntas; continuadme vuestra proteccion para escusarme siempre de ellas. (*Psalm. 63.*)

Aborreci las juntas de los mundanos, y propuse firmemente no concurrir jamás á ellas. (*Ibid. 65.*)

PROPOSITOS.

1. No hay cosa mas engañosa que las concurrencias munda-

nas; en ellas todo brilla, todo halaga, y todo se representa risueño. Reina en ellas la cortesania, y cierta urbanidad culta y refinada que gana el corazon: los gratos, airosos y atentos modales que afectan todos á competencia, sofocan y aun previenen los mas justos remordimientos. No se hace en ellas estudio de parecer devotos, es verdad; pero se pone el mayor cuidado en observar las mas severas reglas, las obligaciones mas estrechas de la decencia. Y este especioso pretexto es puntualmente el que hace caer en el lazo á tantas y tantos, que por otra parte presumen de buenos cristianos, y aun de escrupulosos. Evita en adelante este escollo, si quieres evitar un funesto naufragio: Si deseas vivir cristianamente, niégate en adelante á esas concurrencias puramente mundanas. No se pretende prohibirte todo género de visitas; haylas de caridad, de obligacion, y de buena crianza. Cumple con éstas, pero siempre con circunspeccion cristiana; la modestia en el traje, la gravedad en las palabras, y el piadoso decoro en posturas y modales deben ser tu distintivo en todas ocasiones: Gasta poco tiempo en las visitas, y mucho menos en aquellas concurrencias brillantes, á que te precisan á asistir el estado ó la atencion.

2. Está siempre alerta, y vive con la mayor reserva contra las sorpresas de los sentidos, y contra el artificio de las pasiones en la diversion de la campaña. Desahóguese en buen hora el ánimo; pero el corazon nunca debe ser presa del amor propio. Si no vela uno continuamente sobre si mismo, presto degenera el desahogo en relajacion, y la relajacion en licencia de costumbres. Las personas que hacen profesion de virtuosas, quedan muchas veces burladas por confiar demasiado en su virtud. El aire del campo no siempre inspira inclinacion al retiro; son pocas las personas virtuosas que no se relajen con él. Huye de todo lo que puede contribuir á tu relajacion. Evita el juego largo y demasadamente continuado; las visitas prolijas; ciertas diversiones que nunca carecen de peligro; y lejos de omitir alguno de tus ejercicios espirituales, ni devociones, auméntalas si es posible, y ya que en este tiempo interrumpes las otras ocupaciones serias de tu estado, no por eso se ha de debilitar tu devocion, dedicándote á una peligrosa ociosidad.